

# LAS ATLÁNTIDAS DE PLATÓN<sup>1</sup>

por

XAVERIO BALLESTER

*Universidad de Valencia*

## LOS AMIGOS —CON REPAROS— DE PLATÓN

«Sí, Platón es mi amigo, pero aún más amiga me es la verdad» reza el dicho atribuido a ARISTÓTELES (en latín: *amicus Plato, sed magis amicus ueritas*), pero el mismo PLATÓN ¿era más amigo de sí mismo o de la verdad?

En torno al 360 a.C. (debate en Lisi 1997: 130-4 y 265s) en un par de sus *Diálogos*, en el titulado *Timeo* y más ampliamente en el inconcluso texto por título *Critias*, PLATÓN, el filósofo-poeta, narró el azaroso devenir de la Atlántida y su trágico destino directamente conducente de la opulencia física y moral a la más absoluta de las miserias. De la hegemonía a la nada. Casi desde ese mismo momento muchos autores han pensado que toda la narración es pura paparrucha, una ficción de cabo a rabo, dividiéndose ya en la Antigüedad —podría decirse— las opiniones en tres grandes líneas (cf. Procl. *ad Tim.* I 197 Diehl), la de los totalmente incrédulos, representada por ARISTÓTELES, la de los totalmente crédulos, representada por CRÁNTOR, y la de los eclécticos, representada por POSIDONIO (cf. Strab. 2,3,6), quienes reconocerían partes verdaderas en este relato (Berger 1970: 2117).

La lista de incrédulos sería así larga y antigua, comenzando ya al menos con ARISTÓTELES (*inimicus Plato, sed minus inimicus ueritas*), tal como se infie-

---

<sup>1</sup> Conferencia presentada con idéntico título durante las *XVIII Jornadas Científicas de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, celebradas en Valencia del 31 de marzo al 4 de abril de 2003 bajo el lema «Opulencia y miseria en el mundo clásico»

re de algún pasaje de ESTRABÓN (2,3,6; cf. 13,1,36). Así pues, según algunos, PLATÓN, adelantándose a lo que harían siglos más tarde Jorge Luis BORGES o Marco DENEVI, no habría hecho otra cosa más que inventar cifras y letras, nombres y números, entretejer una colosal ficción mezclando personas y personajes, verdades y mentiras. El caso es que entre los autores antiguos sólo PLATÓN o aquellos de quienes hay seguridad o fundada sospecha de haberlo leído, mencionan la Atlántida (Rivaud 1956: 248). A verdad decir, no faltan en la literatura occidental preclaros ejemplos de poetas fingidores. Antes de suicidarse a la edad de 18 años el inglés Thomas CHATTERTON (1752-70) fingió que su magna obra, *La Batalla de Hastings*, había sido escrita por un monje británico del s. xv. También el galo Pierre LOÛYS (1870-925) quiso hacer pasar por obra de una poetisa lésbica, de la clásica Grecia, las eróticas versiones de *Las Canciones de Bilitis* que él mismo tradujo en puridad desde una imaginación, por cierto, bastante emulatriz de la de la real SAFO. Asimismo en sus tiempos de universitario, el polaco Konstany I. GALCZYNSKI (1905-53) alcanzó celebridad como autor de un ensayo sobre un poeta inglés del s. xvii, poeta, *of course*, existente sólo en sus fantasías (Mi³osz 1981: 212). Sin embargo, estos modelos de ficción eran —que se sepa— desconocidos en la Hélade clásica para filósofos como PLATÓN. Pero también para poetas como PLATÓN. Pues ciertamente es difícil imaginarse a PLATÓN u otro griego de su época actuando como una especie de BORGES *ante litteram* e inmiscuyendo en una ocasional *parábola* a figuras históricas tan seriotas como el legislador SOLÓN. Y no sólo[n] eso.

También, por otra parte, resultaría muy extraño en el contexto literario de la Grecia clásica y en su propio contexto como autor el que PLATÓN, abusando del *hallazgo* literario, hubiese empleado la misma ficción en más de un lugar. El ateniense, casi sin dudarlo, creía contar una historia cierta, pero ¿era cierta la historia que contaba PLATÓN? PLATÓN era sincero, pero PLATÓN ¿era veraz?

## INCONDICIONAL AMISTAD PLATÓNICA

Por aquellas y otras razones muchos autores así lo han creído y, aceptando que PLATÓN no mentía —al menos no conscientemente—, han supuesto que también aquí, como en el resto de su obra, PLATÓN, el ateniense hijo de ARISTÓN, pretendió seguir siendo un amigo de SÓCRATES, valga decir, un amigo, por encima de todo, de la verdad. De esta guisa, según esta más crédula perspectiva, PLATÓN, pudo equivocarse, pero ni fingió ni substancialmente mintió. El listado de *fieles* comienza también tempranamente: ya CRÁNTOR, primer editor del *Timeo*, habría creído

totalmente histórica la narración (Procl. *ad Tim.* I 76 Diehl). Consecuentemente desde hace siglos otros autores, crédulos más modernos de la sinceridad de PLATÓN, han venido buscando la Atlántida en prácticamente todas las localizaciones imaginables: África, Antillas (cuyo nombre chuscamente algunos hacen incluso proceder de una corrupción del nombre de *Atlantis*), Armenia y Azores, Bahamas y Bolivia, Canarias, Ceilán, Cornualles y Creta, Dinamarca, Gibraltar, Indonesia e Islandia, Méjico, Sudáfrica y Suecia, Tartesos o Tera... Quizá, pues, literalmente ningún otro *lugar* de la Filología Clásica haya despertado más seguidores de otras *tribus*, incluyendo una nutrida representación de esotéricos mitómanos, criptomitólogos, *Indianas Jones* o simples buscadores de tesoros. El afán y las emociones despertadas por esta búsqueda es tal que —podría decirse— *a priori* ningún otro hallazgo arqueológico podría satisfacer un anhelo más perseguido ni constituir un acontecimiento más relevante.

Amén de aquella inverosímil imagen de un ateniense del siglo IV a.C. como borgiano poeta-fingidor, esto es, en favor de un verídico PLATÓN se dan en amalgama diversos factores tanto internos, de naturaleza esencialmente psicológica, como externos, de más variada índole. En primer lugar, están las mismas dudas con las que el propio PLATÓN presenta la historia y el hecho de que se declare un mero transmisor de la misma, unas actitudes que resultarían excesivas —un rizar el rizado rizo de la ricería— en el caso de un tan prematuro poeta fingidor. Así pues, parece dato muy relevante la actitud hacia la historia del propio PLATÓN, actitud que difícilmente puede interpretarse como un intento de hacer creíble una ficción, sino más bien simplemente como un sincero reconocer que transmitía una historia la cual, aunque ajena, sorprendente y bizarra, sólo podía dar por cierta. Por boca de sus interlocutores PLATÓN se cuida mucho de insistir en la veridicidad de la historia: «un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero» (*Tim.* 20d; como pauta objetiva, se citan siempre las traducciones de Lisi 1997) dice y que «no era una mera fábula» (*Tim.* 21a) o también «El que no sea una fábula ficticia, sino una historia verdadera es algo muy importante» (*Tim.* 26e).

Además en una historia puramente inventada difícilmente se entenderían tantas descripciones prolijas y sin especial función literaria, del tipo de «Rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que le agradara de entre los toros sueltos en su templo y ellos, que eran sólo diez, lo cazaban sin hierro, con maderas y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban encima de ella, haciendo votos por las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, había un juramen-

to que proclamaba grandes maldiciones para los que las desobedecieran» (*Crit.* 119e). Mucho más sentido, en cambio, tiene la elemental asunción de que, habiendo encontrado tales noticias en su fuente, PLATÓN se sintiera instigado a reflejarlas como mera información adicional.

También las contradicciones fácilmente detectables en el texto (véase *infra*) pueden ser un buen indicio de que el relato contiene elementos verídicos, pues un relato totalmente ficticio —y máxime si pretende pasar como verdadero— suele ser construido atendiendo a que ninguna parte resulte contradictoria, como hace cualquier mentiroso. Es de suponer que un maestro literario como PLATÓN hubiese sido capaz de tejer un relato totalmente coherente si fuera todo él producto exclusivo de su imaginación. No es el caso.

A mayor abundamiento, PLATÓN, quien quería dejar a los poetas —¡por mentirosos!— fuera de su eutópica república, en ningún otro lugar presenta una ficción suya *ad hoc* como algo posiblemente verdadero ni tampoco la presenta con dubitaciones. Lo histórico puede ser dudoso, la Historia puede ser verdad o mentira; lo literario, no. Necesariamente la Literatura es sólo sinceridad. O hipocresía. De suerte que, si se acepta que se trata sólo de una ficción de su cosechar, reconózcase al menos que PLATÓN se habría comportado de manera muy, muy distinta a lo que hace en otros casos análogos. Aquí, por ejemplo, PLATÓN justifica y explica cómo le llega a él la historia, trazando casi un *stemma* de su información (*Tim.* 20d-21c): SOLÓN «era pariente y muy amigo» de DRÓPIDAS, éste contó la historia a su hijo CRITIAS el Mayor, quien ya con casi 90 años se la contó a su nieto, el CRITIAS narrador del relato, cuando este tenía a lo sumo 10 años. Este CRITIAS era además primo de PLATÓN. SOLÓN murió hacia el 560 a.C. y CRITIAS *iunior* nació hacia el 460 muriendo en el 403, cuando PLATÓN tenía 24 años. Así pues, según el mismo PLATÓN, la información por él obtenida arrancarían en [pen]última instancia de SOLÓN. Y la aducción de tal nombre en el mundo griego sólo podía ser interpretado como una referencia autorizada, como un testimonio de seriedad.

SOLÓN, uno de los siete sabios tradicionales de Grecia (en *Tim.* 20d y parecidamente en 21b se dice que «el más sabio de los siete»), era tenido por un hombre de gran rectitud. SOLÓN, se nos cuenta también (*Tim.* 22b), habría obtenido la información sobre la Atlántida en Egipto y por boca de un anciano sacerdote. Es además bien probable que SOLÓN hubiera tomado notas de todo lo referido durante su estancia en Egipto, ya que PLATÓN dice que SOLÓN había tenido que adaptar o traducir al

griego los nombres propios de la historia, pues que a su vez los egipcios habían hecho lo propio vertiéndolos a su lengua egipcia (*Crit.* 113a). SOLÓN albergaba probablemente la intención de componer después un poema épico sobre el asunto (*Crit.* 113a: «Puesto que Solón quería utilizar el relato para su poesía»), pero, por la razón que fuere, no pudo llevar a cabo el propósito, de modo que esa información, quizá conservada al menos en parte por escrito, pudo llegar a PLATÓN, quien, como vimos, era además pariente lejano de SOLÓN. Aunque de relativa relevancia por ser tal episodio biográfico conocido y tenido por cierto en época de PLATÓN, no deja de ser muy verosímil el que SOLÓN efectivamente realizara una visita a Egipto, allá hacia el 590 a.C.

#### EL PALIMPSESTO MITOLÓGICO O EL MODELO CEBOLLINO

De otro lado, a la hora de analizar la veracidad del relato platónico a menudo se ha incurrido en el craso error de tratar de examinarlo como un testimonio groseramente literal y, lo que puede ser peor, burdamente uniforme de un mismo y único acontecer. Sin embargo, sea cual sea el criterio técnico seguido para distinguir entre mitos, leyendas o cuentos, un parámetro recomendable y acaso hasta impecable para el análisis de todos ellos es la inquisición del grado de eventual condensación de varios hechos o creencias en un único argumento, ya que este es un fenómeno comunísimo y que tiende a suceder con el fugacísimo ocurrir del tiempo. Cuentos, mitos o leyendas no son como un monumento conmemorativo: un singular reflejo de un acontecimiento único y sin par. Por necesidad de economía —tanto más apremiante cuanto mayor sea el paso del tiempo— tienden a unirse con otros cuentos, leyendas y mitos, es decir, tienden a condensarse, tienden a superponerse.

Un claro ejemplo para Europa sería el fenómeno que comportó la casi automática cristianización de muchos elementos míticos o folclóricos del mundo pagano. Muchas plantas, animales o fenómenos de la naturaleza que recibían un nombre y una explicación desde una mentalidad precristiana y que se sumergía a veces ancestralísima en la cerrada noche de los tiempos, recibieron cristianísimo barniz, un pío *lavado de cara*. Por tal razón flora, fauna y otros fenómenos del mundo natural europeo se llenaron de Vírgenes o San Antones, San Jorges o San Martines. Para citar un referente de indudable profundísima antigüedad: el arco iris es denominado «arco de San Martín» en algunos lugares de España, siendo, en cambio, «el arco de la vieja» —una locución, evidentemente, mucho más antigua— en muchas partes de Italia. Como

de costumbre, ALINEI (1996: 691-6) ofrece una profunda y devastadora explicación. La nominación de tipo religioso pertenece al estrato más reciente, antropomórfico e histórico con nombres cristianos, mientras que el modelo de «el arco de la vieja» representa un estadio anterior, antropomórfico con nombres de entidades locales; es este, con todo, un estadio intermedio, pues más antiguo sería aún un estrato totémico con nombres zoomórficos, como también en italiano «arco [de la] ballena» (*arcobaleno*). En ese estadio más antiguo sería —ya o aún— reconocible la motivación básica de tales denominaciones y que explica el arco iris como un animalote que se bebe el agua de la tierra. Sin embargo, en una denominación como «arco de la vieja» podría haberse adherido también la idea precristiana y proneolítica de la figura de *La Vieja* como madre y dominatriz de la naturaleza (Alinei 1996: 696-9).

Otro buen ejemplo y más fácilmente comprobable por su fehaciente documentación histórica podría ser el caso de los nombres *paganos* de los días de la semana en las lenguas románicas, con *lunes* como «día de la luna», *martes* «día de Marte», *miércoles* «día de Mercurio» etc., cuyo arcaísmo queda además manifiesto por el raro hecho de la derivación de estas formas del caso genitivo (*[dies] Martis* > *martes*, *Iouis* > *jueves*; *Veneris* > *viernes*...) y no, cual suele ser lo habitual, del acusativo. Contra tales paganas denominaciones lucharon evangelizadores y [otros] Padres de la Iglesia sin demasiado éxito, ya que los nuevos nombres sólo consiguieron imponerse en lenguas como el portugués («lunes» *segunda-feira*, «martes» *terça-feira*...). El desajuste se ve fácilmente en casos como el de que aún consideremos de mal augurio el martes —«en martes ni te cases ni te embarques» dice el refranero español—, el día originariamente consagrado a Marte, el dios de la guerra, mientras que los ingleses tengan por día de mal agüero el viernes, el día en que murió Nuestro Señor. Aquí el español es más arcaico, es aún precristiano. En cambio, ambos pueblos coinciden en señalar el número 13, por la indirecta referencia al apóstol traidor, como número nefando.

Además, en la interpretación de los *mitos* o en general de todo relato tradicional tampoco suele tenerse en cuenta la conspicua evidencia de que la tradición es también *traducción*, es decir, tiende a actualizarse, tiende a traducirse a términos —formales y conceptuales— contemporáneos, de suerte que de modo general este tipo de relatos son en realidad una especie de palimpsestos, de manuscritos que han sido reutilizados varias veces para reescribir o, más exactamente, rededir un relato sobre otro. De esta guisa ocurre que a este tipo de narraciones o secuencias de palabras sucede lo mismo que sucede a las mismas palabras,

aquello que ALINEI denomina *estratigrafía*, es decir, que normalmente están conformadas como si fueran capas de cebolla, como esas *bábuscas* o muñecas rusas que, casi indefinidamente, contienen otras muñecas más pequeñas —más antiguas— dentro de sí. Por eso leer unilateralmente los mitos —tanto más cuanto más antiguos sean— puede comportar regularmente el violentarlos, hacer a la fuerza *unum e pluribus*, y en ese forzar a menudo sólo se ve la capa exterior, la más reciente y visible. En cierta manera, pues, un mito es algo que fue una historia hace mucho tiempo y que por un aluvión de sucesivas historias se ha convertido en un mito. Por regla general un mito es la condensación de varias o muchas historias (de épocas o culturas) diferentes.

#### LA ESTRATIGRAFÍA DEL MITO - LA ESTRATEGIA DE LA CONTRADICCIÓN

En este punto conviene decir que parece evidente que el relato ya en PLATÓN se presenta con varias capas de *pintura* reconocibles, como se desprende, en primer lugar, de los datos suministrados por el propio filósofo sobre el origen de su conocimiento de la historia. Aquí el estrato más antiguo reconocido sería el egipcio, pues SOLÓN había sabido de la historia en las tierras donadas por el Nilo (*Tim.* 21c), en concreto en la región a la que pertenecía la ciudad de Sais (*Tim.* 21e). La historia le habría sido contada por un sacerdote de esta región (*Tim.* 21e-22b), pero además habría estado registrada en textos egipcios (*Tim.* 24e: «nuestros escritos refieren»). Después estaría la capa solonea, pues probablemente SOLÓN habría redactado algo ya de *su* versión, si bien nunca llegó a concluir la obra deseada (*Tim.* 21c). El propio relato del nieto CRITIAS (esto es, el texto de PLATÓN) sería sólo un resumen del relato del abuelo CRITIAS a partir de lo referido por o en SOLÓN (*Tim.* 25e: «Acabas de oír un resumen, Sócrates, de lo que relató el anciano Critias según el cuento de Solón»). El texto de SOLÓN, por tanto, debía de estar necesariamente estilizado como material para un poema, pues «Solón quería utilizar el relato para su poesía» (*Crit.* 113a) existiendo, en consecuencia, unos documentos donde ese material estaba recogido: «Estos documentos se encontraban en casa de mi abuelo y, actualmente, están» dice Critias «en mi poder» (*Crit.* 113b). Así que imbricado con el estrato soloneo estaría también al menos un tercer estrato, el de CRITIAS-PLATÓN.

Pero además hay motivos también internos para temer que aquí tengamos un relato pregnante, un relato conteniendo otros; que tengamos, en suma, más de un relato. De hecho, el *Critias* parece representar una

Atlántida mucho más moderna, civilizada y sobre todo más *política* respecto a la versión del *Timeo*, donde la Atlántida es presentada con elementos más arcaicos.

En todo caso, una buena estrategia para la detección de capas es la existencia —lógicamente, a menudo apenas explícita— de contradicciones, que pueden ser de muchas clases siendo el anacronismo seguramente la más rotunda de todas. Y en ese sentido no puede, desde luego, negarse que los textos platónicos contienen al menos una clamorosa contradicción, ya que la fecha asignada a la existencia de la Atlántida, la de 9.000 años antes de la época de SOLÓN (*Tim.* 23c; *Crit.* 108e), es decir, hacia el 9.600 a.C. es totalmente incompatible con otros datos suministrados en el relato, tal como la Arqueología y otras ciencias que estudian el devenir humano con certeza nos enseñan. Muchos, en efecto, de los aspectos descritos por SOLÓN-PLATÓN corresponden a épocas muy, muy posteriores a la fecha indicada, como, por citar un ejemplo notorio, la existencia de la metalurgia. Para mencionar el caso más extremo: el empleo de hierro fue conocido en Europa (y Asia) sólo unos pocos siglos antes de la época de SOLÓN, resultando así aquella fecha de *circa* 9.600 a.C. adicionalmente varios milenios anterior a la aparición de civilizaciones. De modo que, poco antes de conformarse la Atlántida «todavía no había barcos ni navegación» (*Crit.* 113e) y poco después resulta que la Atlántida ya constituía una potencia metalúrgica con conocimiento incluso del hierro (*Crit.* 114e, 116b y 119e), que los atlantes «cosechaban la tierra dos veces al año» (*Crit.* 118e) y que conocían la escritura (*Crit.* 119e, 120 a y c). Hoy sabemos, sin embargo, que el hombre aprendió a navegar muy, muy tempranamente, ya el primer poblamiento humano de Australia —por lo menos hace 40.000 años— sólo pudo ser posible mediante la utilización de —también por lo menos— rudimentarios esquifes. Tal *invento* se anticipó, pues, al menos unos 30.000 años al *descubrimiento* de la agricultura o de la metalurgia. Parecidamente señalemos que el sacerdote egipcio habla de «leyes de los ciudadanos de hace nueve mil años» (*Tim.* 23c), sin embargo, con seguridad en el 9.600 a.C. no podríamos hablar ni de «leyes» ni, mucho menos, de «ciudadanos».

Hay, por tanto, en los textos platónicos o una exagerada, por dilatada, datación cronológica o un condensado *riassunto* de narraciones procedentes de varias épocas y nótese que aquí no podría objetarse una alteración mayúscula de la cifra por una elemental confusión gráfica (véase *infra*), ya que de hecho la tradición manuscrita de estos pasajes platónicos presenta la cifra de «nueve mil» en su versión explícita (ejnaiskivlia en *Tim.* 23c y *Crit.* 108e).

## CUATRO GATOS Y CUARENTA LADRONES

A falta de un mayor conocimiento del egipcio hablado hasta la época de SOLÓN también es posible que no haya que aceptar tan literalmente la expresión de «9.000 años». Algunas lenguas conocen expresiones de forma precisa pero de significado genérico para indicar cifras altas. Así, por ejemplo, ciertamente no eran 40 —sino simplemente muchos— los ladrones que acompañaban a ALÍ BABÁ, como tampoco debían ser 40 años —sino muchos— los años durante los cuales vagaron los judíos por el desierto. Parecidamente para nosotros *cuatro gatos* usualmente ni son 4 ni son gatos sino simplemente «pocos (y poco importantes)». Quizá, por tanto, con «9.000 años» quisiera sobre todo indicar simple y simbólicamente una fecha remotísima.

Como quiera que fuese, son aún posibles también otras interpretaciones menos literales de esa cifra. Resulta, por ejemplo, que curiosamente según el propio sacerdote informado de SOLÓN, «Los escritos sagrados establecen la cantidad de ocho mil años para el orden imperante entre nosotros» (*Tim.* 23c), es decir, que se asignaba a Egipto una antigüedad de unos 8.000 años, casi cuatro veces más de lo que generosamente hoy concederíamos a la antigua civilización egipcia. De modo que tampoco puede excluirse que la cifra para la datación de la existencia de la Atlántida sea una *interpolación*, ora de SOLÓN ora de PLATÓN, pretendiendo simplemente justificar que la civilización atlántica era más antigua que la egipcia, por lo que SOLÓN se habría visto obligado a superar esa cifra de 8.000 años y además con la precisa cifra de otro milenio («mil años antes» *Tim.* 23c), una cifra, como en principio todas las cifras redondas, potencialmente bien sospechada. Esta con diferencia nos parece la explicación más plausible de la cuestión, de modo que si, por ejemplo, a Egipto se le hubiese asignado una antigüedad de —digamos— 4.000 años, a la Atlántida se le habría consignado una de 5.000. Así que, tomando ahora como hecho substantivo el dato —no la datación— de la antigüedad de Egipto y la aún mayor antigüedad de la Atlántida, digamos que para el 5.000 a.C. ya se cultivaba el cereal en Egipto, aunque sólo hacia el 3.100 aparece el primer faraón. Según esto, en una cronología larga la Atlántida habría existido en una fecha anterior al 5.000; y en una cronología breve, en una fecha anterior al 3.100 a.C. En todo caso, parece razonable admitir como término de partida una fecha anterior al IV milenio a.C., quizá anterior al V.

En fin, sin entrar ahora en fechas concretas, conviene, en todo caso, recoger el dato firme de que los hechos pudieron ser bien antiguos; lo

confirmaría el contexto donde se produce la alocución del sacerdote egipcio y que connota unas fechas remotísimas (*Tim.* 22a: «se puso a contar los hechos más antiguos de esta ciudad, del que se dice que es el primer hombre, y de Níobe y narró cómo Deucalión y Pirras sobrevivieron después del diluvio»). De ser veraz, este detalle excluye, pues, dataciones recentísimas del tipo de II o incluso III milenio a.C.

## EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

Pero si los datos cronológicos de PLATÓN no pueden tomarse al pie de la letra, algo parecido sucede también con los datos correspondientes a lo que, sin embargo, era una de las grandes especialidades del ateniense: la geometría, si bien en el sentido de un EUCLIDES y no, como sería aquí deseable, de un ERATÓSTENES, es decir, PLATÓN es más fiable en las formas que en las medidas. Teniendo siempre en cuenta que un estadio, por variadas causas, podía equivaler ya a unos 186 metros ya a unos 177 metros y tomando esta última equivalencia como la más probable para PLATÓN, diremos que, según este mismo autor (*Crit.* 118a), la Atlántida mediría unos 531 kilómetros (3.000 estadios) de largo, y unos 354 kilómetros (2.000 estadios) de ancho. De modo que la superficie total de la Atlántida sería pues —para redondear como PLATÓN— de casi 200.000 kilómetros cuadrados, un territorio inmenso. Parece legítimo inferir que el *geómetra* PLATÓN o sus fuentes desconocían las medidas exactas a partir del mero hecho de que los términos aparecen siempre redondeados.

Además, por regla general ha de tenerse presente el *caueat* de que la transmisión escrita de cifras altas en el mundo grecorromano resultaba problemática una vez que el procedimiento gráfico era muy poco redundante y la situación de una pequeña línea podía multiplicar la cifra o lo contrario, de modo que cualquier rayote involuntario podía ser entendido como original y proceder así, en la transmisión manuscrita, a alterar la cifra considerablemente. En este caso, sin embargo, la duda de una alteración de las cifras subsistiría, todo lo más, para la fuente de PLATÓN pero no para el mismo PLATÓN, quien específicamente dice que la Atlántida era mayor que la Libia (el norte de África) y Asia (= Anatolia) juntas (*Tim.* 24e).

Otra *pincelada* geométrica de PLATÓN y que resulta aún mucho más difícil de entender literalmente, es la referencia a la estructura anular de la Atlántida. Según las palabras de PLATÓN esta contaría con sucesivas murallas concéntricas de diferentes metales (de fuera a adentro: piedra,

hierro, estaño y el problemático *oricalco*; *Crit.* 116ab) entre las cuales habría tres canales interiores, asimismo concéntricos. PLATÓN ofrece también las medidas de una isla, algo así como la capital del imperio y donde se hallaría el rico templo de Posidón. Esta isla tendría un diámetro de 5 estadios, esto es, 888 metros (*Crit.* 116a) y dispondría de un circundante canal con una longitud de un estadio (unos 177 metros; *Crit.* 118c), el primer *cinturón* de ronda contaría dos estadios (unos 355 metros) seguido de un canal de la misma longitud (lo que es bien difícil), el tercer anillo con su canal tendrían cada uno tres estadios de ancho (unos 532 metros; *Crit.* 115e) y distarían del mar, conectados por un canal rectilíneo, cincuenta estadios (8880 metros; *Crit.* 117e), este canal tendría tres pletros (unos 88 metros) de ancho y cien pies (unos 29 metros; *Crit.* 118c) de profundidad (las equivalencias están tomadas de Rivaud 1956: 241). Nótese otra vez que el *geómetra* PLATÓN sólo puede ofrecer cifras redon[dea]das.

Así pues, otra contradicción grandiosa consiste —al margen de hacer otra vez compatibles arquitectura tan desarrollada y metalurgia con fechas tan remotas— en la colosal dificultad para hacer conciliar una tan pequeña estructura triplemente acanalada con una extensión —¿circundante?— de 200.000 kilómetros cuadrados. Tal habría sido la obra de mayor envergadura en la historia de la humanidad, una vez que, según los datos del *Critias* (118c), el canal que rodeaba toda la Atlántida tenía una longitud total de ¡10.000 estadios!, es decir, unos 1.770 kilómetros.

Por último, de la descripción ecográfica del lugar, puede también ahora interesarnos el detalle de que desde la isla de la Atlántida «los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme», como se refiere en el *Timeo* (24e-25a), donde —dijimos— aparece una Atlántida menos elaborada literariamente. Una descripción que bien pudiera reflejar una o la fuente original, pues ha de notarse inmediatamente que no corresponde al Estrecho de Gibraltar ni ningún lugar colindante, lugar donde, como enseguida veremos, PLATÓN ubicaba la Atlántida.

Ya se habrá percibido el llamativo contraste —y eventual contradicción— existente entre la Atlántida en sí o la Atlántida continental y la capital de la Atlántida o Atlántida insular en la descripción de PLATÓN, quien nos habla en realidad de dos Atlántidas, una petisa, central y

hegemónica y otra vasta y dependiente, lo que apenas puede ser entendido más que como un asentamiento dominante, algo así, *mutatis mutandis*, como el concepto de Roma en su doble condición de ciudad y de imperio.

Expuestos estos datos, de entre las infinitas propuestas de ubicación de la Atlántida pasemos ahora a examinar sólo aquellas que merecen un mínimo crédito.

### CRETA: EXPLOTA, EXPLOTA, ME EXPLÓ...

Una de las propuestas de ubicación, sin duda, más verosímil es aquella que defiende una general identificación de la noticia platónica con la cultura minoica. En sentido general la propuesta es antigua y en última instancia quizá remonte a Avraam S. NÓROV (1795-1869), siendo retomada por autores como FROST (1909), L.S. BORG en 1928 o MARINATOS (1939; cf. López 2000: 203-5), pero es sobre todo conocida por el trabajo más detallado de LUCE en 1969 (= 1975). Sucintamente expuesta esta teoría sugiere que el relato de la Atlántida contiene el eco de la destrucción de la opulenta civilización minoica, a mitad del II milenio a.C., a causa de la erupción, en la isla de Tera, de un volcán.

Son numerosos los puntos donde la teoría resulta compatible con los datos platónicos, resultando sobre todo destacable su fundamentación histórica. La de los textos platónicos deducible cercanía de la Atlántida tanto a Europa como a Asia y África cuadra, en efecto, muy bien con una ubicación en esa zona del Mediterráneo oriental. Asimismo muchos detalles de la descripción platónica, especialmente de la referida en el *Critias*, se ajustan a lo que puede sin demasiada dificultad reconstruir de la civilización minoica, sobre todo es llamativa la concordancia entre los datos platónicos referidos a prácticas que denominaríamos *taurómáquicas* (*Crit.* 119e) y lo que puede en ese sentido reconstruirse para Creta (Luce 1975: 202). También la contienda entre atlantes y atenienses (*Tim.* 24e y 25bc) podría presentarse como un eco del contraste entre minoicos *siue* cretenses y sus sucesores micénicos *siue* helenos. Cuenta también a su favor esta propuesta con el proceso, así sostenido por muchos autores, de repentino declive, por las mismas fechas de la erupción volcánica, de la cultura minoica.

Ahora bien, los inconvenientes a esta propuesta, aunque pocos, son enormes. En primer lugar, el importante requisito de la explicación de la referencia a las Columnas de Hércules —la única referencia objetiva

que nos da PLATÓN— simplemente no es considerado ni, por tanto, explicado. En segundo lugar, las fechas son indudablemente demasiado tardías para acomodarse al texto de PLATÓN cualquiera que sea la interpretación que se haga de aquella cifra de 9.000 años, ya que la erupción del volcán Santorín (o Santorini según otros) en la isla de Tera, a unos 110 kilómetros al norte de Creta, tuvo lugar poco después del año 1.500 a.C, quizá en el 1.470 (Luce 1975: 9 y 212). Siendo así que numerosas leyendas y tradiciones griegas de época clásica remontan sin dificultad al milenio anterior, difícilmente es creíble que el recuerdo de un episodio tan importante y tan reciente se hubiese totalmente difuminado o transfigurado en suelo helénico apenas pasados 10 siglos. Además, en la reconstrucción de la geografía de la zona habría islas pero no una isla rodeada de continente, con lo que esta propuesta no se compadece con la literal descripción de que «la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme» (*Tim.* 24e-25a). Por último, para esta propuesta es esencial la existencia de por lo menos una erupción volcánica —LUCE (1975: 7) piensa en concreto en dos—, sin embargo, en los textos platónicos no hay reflejo de erupción alguna, siendo además éste un fenómeno de gran impacto y, por tanto, fácil de memorizar.

## GIBRALTAR ESPAÑOL Y HERCÚLEO

Quizá la última propuesta digna de consideración haya sido la del francés Jacques COLLINA-GIRARD (2001), de la Universidad del Mediterráneo en Aix-en-Provence, quien sitúa la Atlántida precisamente allí donde PLATÓN la imaginara: en *sus* Columnas de Hércules, esto es, en el estrecho de Gibraltar. COLLINA dio con esta *solución* involuntariamente al estudiar las migraciones humanas habidas durante la última fase del más reciente período glacial. Para tal época, entre hace 20.000 y 11.000 años a.C., el mar en esa zona, como en tantos otros puntos del planeta, llegó a alcanzar un nivel de unos 130 metros inferior al actual, y el geólogo COLLINA procedió a reconstruir los límites costeros de la época. El estrecho, lógicamente, se presentaba entonces mucho más *estrecho* y largo pero el detalle que más sorprendió a COLLINA fue la emergencia, unos 23.000 años a.C., de un conjunto de islotes en la bocana de acceso al Atlántico, destacando uno de mayor tamaño con 14 kilómetros de largo por 5 de ancho. Esta isla *maior[ica]* habría estado situada al norte del cabo Espartel —por lo que es bautizada con este mismo nombre por COLLINA— y al sur de Cádiz. Hacia el 12.000 a.C. la isla habría comen-

zado a sumergirse al elevarse el nivel del agua por efecto de la deglaciación. Según COLLINA, el análisis del coral de la zona demostraría que, tras un milenio de deshielo relativamente suave, se verificó un repentino aumento del nivel del mar, a una —sensible y visible— velocidad de un par de metros por siglo, pero alcanzando a veces casi cuatro metros. Hacia el 9.000 a.C. esta *Atlántida* de Espartel habría final y definitivamente desaparecido bajo las aguas.

Máxima ventaja de esta ubicación es la total adecuación con la situación creída por PLATÓN. Además la propuesta presenta en principio otras congruencias con elementos esenciales de los textos platónicos, así, por ejemplo, la coincidencia con las fechas es prácticamente perfecta, aunque, como ya vimos, aquella fecha debía ser contemplada con cautela y más bien como un *terminus post quem*.

Sin embargo, la propuesta gibraltareña —demasiado anterior a la civilización egipcia— resultaría no sólo demasiado temprana sino también demasiado lejana y de Grecia (Atenas) y de Egipto, pues la excesiva lontananza respecto a estas naciones hace totalmente inverosímil que —y máxime en época tan temprana— los atlantes llegaran tan lejos. Además, en principio el ritmo de la crecida de las aguas fue demasiado lento como para provocar un cataclismo tan repentino como el recogido por PLATÓN. Éste, en efecto, refiere que «tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra [*scilicet* de los atenienses] se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de la Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar» (*Tim.* 25d) y aunque los datos recogidos por el filósofo puedan haber sido exagerados, no hay duda de que varios milenios de continuo proceso de elevación del nivel de las aguas era tiempo más que suficiente para que los atlantes hubiesen tomado alguna medida, sin que, por otra parte, se vea cómo la inmersión de la isla Atlántida-Espartel habría podido hacer que la «clase guerrera» de los atenienses, supuestamente en el Ática o no muy lejos, hubiera podido verse afectada por aquel proceso geológico, pues el sacerdote egipcio refiere al ateniense SOLÓN que la contienda se materializó «en un ataque a toda vuestra región» por parte de los atlantes (*Tim.* 25b).

Además, en la gibraltareña ubicación clásica no se entiende que se hable de «la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia» (*Tim.* 24e), pues, en efecto, se esperaría, por lógica, que dijera «sobre toda Europa y *África*». Una contradicción implícita que pudiera ser muy

significativa. Y en cuanto a la expresión «dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia» (con *Libia* por África) sería en principio más compatible con la ubicación gibraltareña, pero resulta también ambigua pues, por ejemplo, puede referirse a la Europa occidental hasta Tirrenia (Etruria, en Italia occidental) o bien a la Europa oriental hasta Tirrenia. PLATÓN —siempre seguro de la ubicación gibraltareña de las Columnas de Hércules— parece pensar en la primera opción, sin embargo, la segura referencia al conflicto con los atenienses —motivo principal de interés para SOLÓN— hace bien posible la segunda interpretación. Esta contradicción se explicaría fácilmente como un caso típico en el que SOLÓN o PLATÓN habrían reelaborado las fuentes.

#### LAS MORCILLAS DE PLATÓN (Y SOLÓN)

También otra notable coincidencia a favor de la hipótesis gibraltareña sería en principio la asociación entre la región *Gadírica* y las columnas de Hércules: «Al gemelo [...] que tocó en suerte la parte extrema de la isla, desde las columnas de Heracles hasta la zona denominada ahora en aquel lugar Gadírica, le dio en griego el nombre de Eumelo, pero en la lengua de la región, Gadiro. Su nombre fue probablemente el origen del de esa región» (*Crit.* 114b). Se trata *a priori* de una noticia preciosísima porque ofrecería prácticamente el único ejemplo de la forma original atlántica junto a lo que debería ser su traducción griega. Además el pasaje contendría una alusión bien explícita a la región de Gades. Sin embargo, pronto hácese patentes las deficiencias de tal supuesta gran pista. En primer lugar, *Eumelo* (Ευμηλος) difícilmente puede ser una *traducción* de la forma *Gadiro* (Γαδειρον). *Eumelo* es un andrónimo relativamente común en la antroponimia griega significando aproximadamente «[el que tiene] buena[s] res[es]» y formado con *eú-* (εὐ) «bien» y *mélon* (μῆλον) «res, rebaño». Con la referencia gadírica se alude, por supuesto, a la histórica *Gadir*, la cual aparece como *Gádeira* (es un plural) en las fuentes helénicas y como *Gades* (también plural) en las latinas. Ahora bien, *Gadir* es un nombre fenicio significando «ciudad, fortaleza» o, como quiere PLINIO (*nat.* 4,36,120), quien reconoce su origen púnico, «cerca, vallado» (*saepem*), no conteniendo, pues, ninguna alusión a buenos rebaños ni nada parecido y ni siquiera siendo un antropónimo, sino un simple topónimo. Sin embargo, este decepcionante error puede constituir al mismo tiempo una buena pista para la elucidación de importantes cuestiones concernientes al tema que nos ocupa y en especial a la versión de la Atlántida en el *Critias*, pues la primera y

más obvia explicación de estas contradicciones del texto platónico podría comportar importantes consecuencias.

En efecto, estos y todos los otros indicios *gibraltareños* podrían fácilmente explicarse suponiendo lo siguiente: PLATÓN y quizá también SOLÓN, en razón de la identificación entre las Columnas de Hércules y Gibraltar ya común en su época, habría[n] dado por segura la ubicación de la Atlántida en el estrecho de Gibraltar y lógicamente habría[n] tendido a —si se permite la expresión— *gaditanizar* la Atlántida. Así, por ejemplo, una vez que supuestamente a un atlante denominado «buena res» le había correspondido aquella zona, SOLÓN (más bien que PLATÓN) habría introducido la doble expresa referencia (*Gadírica*, *Gadiro*) a la antigua *Gades*. Consecuentemente esto convierte en suspectas de ser recreación literaria o, si se prefiere decirlo más rudamente, en *morcillas* añadidas por PLATÓN otros diversos datos que este nos suministra, especialmente si estas noticias aparecen sólo en el *Critias* y se muestran tendentes a *aflamencar* la Atlántida. En suma, persuadido PLATÓN de la ubicación gibraltareña habría añadido de su cosecha otros datos sobre la zona accesibles a él y a sus contemporáneos para ornar la descripción de una ubicación que él —y probablemente también SOLÓN— tomaba por segura.

Entre estas *morcillas* ornamentales y suspectas de añadidura podrían también estar noticias como las referidas a la minería (*Crit.* 114e), esencialmente las tocantes al hierro y a la casiterita (*Crit.* 116b), pues la *legendaria* riqueza de las explotaciones de oro y plata atribuida a la Turdetania (Strab. 3,2,9) debía de ser conocida ya en las épocas de SOLÓN y PLATÓN. Así ESTRABÓN (3,2,14) recoge unos antiguos versos de ANACREONTE —autor del s. VI, por tanto de la época de SOLÓN— alusivos a la prosperidad de Tartesos, siendo además legendaria la riqueza de la Península Ibérica (Strab. 1,1,4), una especie de *Eldorado* para los contemporáneos de Solón. Al dar estos y otros datos PLATÓN pudo tener muy presente la región tartésica, a la sazón tan reputada sobre todo por una opulencia y prosperidad basadas fundamentalmente en su riqueza minera. Asimismo más allá de las Columnas —gibraltareñas— de Hércules era reconocida la existencia de unas islas Casitérides (del griego *kassíteros* «estaño»), célebres por su abundancia en plomo (Strab. 3,5,11; Mela 3,6,47; Plin. *nat.* 4,36,119 y otros).

También la *fauniversity* de la Atlántida es supuesta de gaditanizada *morcillación*, así la referencia a la presencia de abundantes elefantes en la región (*Crit.* 114e) parece deber mucho a noticias, probablemente bien divulgadas en la Antigüedad, sobre la abundancia en los Montes Atlas de elefantes (Plin. *nat.* 5,1,5 y 15) y aun en concreto en el monte

de *Abila* (Plin. *nat.* 5,1,18), la africana columna de Hércules para la mayoría de los antiguos. Ítem la referencia a los toros que campaban por el templo (*Crit.* 119e) cuadraría tanto a esta hipótesis cuanto, obviamente, a la minoica. La referencia a ofrendas religiosas con estos animales, que eran degollados en sacrificio, podría en este caso evocar, en la mente de PLATÓN, las noticias sobre afines sacrificios —incluso humanos— en algunas zonas de la Península, como verbigracia entre los lusitanos (Strab. 3,3,6). Quizá SOLÓN o PLATÓN pensaran también en Hispania al situar en la Atlántida lugares de entrenamiento para los caballos e incluso un hipódromo: «en el centro de la isla mayor había un hipódromo de un estadio de ancho» (*Crit.* 117c), ya que desde antiguo pudo ser conocida la afición a la equitación en estos lugares, asunto devenido un tópico ya en época romana (Strab. 3,4,18; Plin. *nat.* 8,67,166; Martial. 14,199 y otros).

Fechas muy remotas para esta zona tampoco podrían despertar mayor recelo en el mundo helénico, ya que en la tradición griega se asignaba una enorme profundidad cronológica a la cultura de los pueblos del sudeste hispánico, así, según ESTRABÓN (3,1,6), los turdetanos tenían una tradición literaria y escrita de 6.000 años. Además, por supuesto, PLATÓN habría introducido también en el relato sus habituales *cuñías publicitarias* cuales el ejemplo de los antiguos atenienses que vencieron al enemigo gracias a sus antañonas virtudes y buen gobierno (*Tim.* 23c, 24c-e y 25bc), o la decadencia de un gran imperio por mor de haberse en él instalado la corrupción moral.

La abundancia de este tipo de noticias sobre todo en el *Critias* parece incidir en la ya mencionada impresión de que esta obra representa una versión más *moderna*, más elaborada y sobre todo más personal de [SOLÓN]-PLATÓN sobre el tema de la Atlántida que la versión —se cree, previa— del *Timeo*. Esta opinión podría estar corroborada por el propio texto, pues en un lugar del *Critias* (114c) se recoge con un «como ya se dijo antes» una referencia a Egipto y Etruria que no puede ser apenas interpretado otramete que como alusión a una muy semejante referencia en el *Timeo* (25a).

## OTRO HÉROE MACIZO, VIAJERO Y GRANDULLÓN

Como vemos, el tema de la ubicación de las Columnas de Hércules resulta, en definitiva, poco menos que el *quid* de la cuestión, ya que el elemento decisivo para llevar la Atlántida tan lejos del mundo griego depende básicamente de la situación donde acéptese debían ubicarse

las Columnas de Hércules, siendo esta la única indicación directa que al respecto PLATÓN ofrece: «había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles» (*Tim.* 24e). Ende debió de ser creciente la tendencia a confirmar la ubicación gibraltareña de la Atlántida mediante otras diversas aducciones, notoriamente mediante la relación con el titán Atlante y su stirpe (*Crit.* 114b y d, 120d), aducción aquí propiciada por la existencia, en las cercanías de Gibraltar, del monte de Atlante, es decir, los Montes Atlas, en lo que hoy es Marruecos. En fin, es asimismo bien posible que, trámite *Atlántico*, el mismo término *Atlántida* no sea en última instancia más que una derivación metonímica de los Montes Atlas.

Sin embargo, como es obvio, esta identificación-ubicación de Atlante-Atlas muy difícilmente podría ser la original en la tradición helénica, ya que cuando el mito de Atlante, el titán que ya en HOMERO (*Od.* 1,53), «sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo» (en traducción de Segalá 1973: 8), debió de surgir, los griegos tenían nulo o escaso conocimiento de este territorio. Aunque para HESÍODO (*Theog.* 517s) los Atlas se situaban en occidente, en los límites del mundo, y sostenían el cielo, imagen esta la de sostenedor del cielo en la que incidirá ESQUILO (*Prom.* 347-50) ubicando a Atlante al oeste, en «lugares occidentales» (εσπεῖρους τοπους), ya el mitógrafo APOLODORO (2,113 y 120 Wagner) explícitamente relacionaba a Atlante con los hiperbóreos, tradicionalmente situados estos al norte —a veces muy al norte— del Mar Negro. La posterior ya generalizada ubicación de Atlante en los Montes Atlas pudo, como en el caso de las Columnas de Hércules, tener que ver con la helenización de alguna creencia local. De hecho, en la considerada primera identificación de los Montes Atlas en esa zona con el mítico Atlante que sujetaba el mundo, su autor, HERÓDOTO (4,184), refiere además que los habitantes de la región donde estaba la montaña denominada *Atlas* (Ατλας) creían que esta era la columna del cielo, pues era tan alta que su cima no podía verse al estar rodeada de nubes todo el año, tales nativos habrían recibido el nombre a partir de la montaña, siendo llamados *Atlantes* (Ατλαντες). En fin, el asunto de que los Montes Atlas *sostienen* el cielo quedó finalmente convertido en un tópico (Mela 3,101).

Ahora bien ¿de dónde o de qué habría recibido su nombre la montaña? La hipótesis más simple consiste en suponer un proceso de dilatación (en dirección a occidente) de la mitología griega, probablemente, como aquí, auspiciado por la existencia de mitos, leyendas o tradiciones análogas o compatibles en esas tierras recién conocidas. La contigua

existencia además en esa misma zona de un pueblo denominado *Atarantes* (Herodot. 4,184: Ἀταραντες) sugiere que también la coincidencia o afinidad onomástica pudo propiciar —adicionalmente o no— la asimilación helénica. En cualquier caso, Atlante, una divinidad griega, habría abandonado su Arcadia natal «donde sus brazos sostenían la bóveda del cielo para emigrar mucho más lejos hacia el oeste, al lado de las columnas de Hércules, y devenir simplemente el guardián de esas columnas» (Rivaud 1956: 238), pues, en efecto, todo indica que Arcadia —y, lógicamente, no Mauritania— era la localización original del mito de Atlas (Wernicke 1970: 2127: «unzweifelhaft Arkadien»). Ocasionalmente Atlante fue también situado en Beocia, en Frigia, en Italia y, como vimos, en el país de los hiperbóreos (Wernicke 1970: 2128 con referencias).

#### HORIZONTES LEJANOS, HORIZONTES CERCANOS

La geografía mítica griega, pues, conoció sin duda una dilatación paralela a la expansión de sus navegantes, comerciantes y colonos, es decir, paralela a la extensión de sus conocimientos geográficos. Por esa misma dinámica los mitos de Geríones o Heracles fueron también, por ejemplo, proyectados a los nuevos territorios [re]conocidos, a veces bajo el estímulo de la existencia de mitos locales semejantes. Aquí la importante consecuencia de este indudable fenómeno de *centrifugado* de mitos es la necesidad de plantearse cómo unas verdaderamente castizas o helénicas Columnas de Hércules podrían haber estado situadas tan lejos de la Hélade, es decir, plantearse la posibilidad de que la ubicación gibraltareña de las Columnas por antonomasia sea también, como más claramente en el caso de Atlante, simplemente el producto de aquel alejamiento de horizontes, la búsqueda de una localización más exótica para una geografía mítica devenida ya demasiado banal por demasiado cercana. Para los griegos, como ya señalara WERNICKE (1970: 2128), donde estaban los límites de sus navegaciones, allí estaban también los límites del mundo. Así, la *exportación* del mito de Hércules debió de experimentar un proceso paralelo al del mito del otro forzado, Atlante. De un héroe de actividad básicamente argiva, Hércules pasó a convertirse en un turista de viajes exóticos, con la otra vez cualitativa singularidad de que los viajes de Hércules por occidente están también asociados al más allá, pues sus *visitas* a Cérbero, Geríones y el jardín de las Hespérides son, las tres, variantes de un mismo tema, la lucha con la Muerte, razón por la que el musculado héroe debe dirigirse al único para los griegos accesible límite del mundo, al extremo de occidente (Rose-Robertson 1970: 498).

En el caso de las Columnas de Hércules cabe además la sospecha de que la expresión pueda simplemente ser una traducción de una fuente —sea la básica o no— fenicia en la conocida asimilación entre Melcarte y Heracles, en cuyo caso las Columnas de Melcarte-Hércules sí podían haber estado —para los griegos— en el mismo lugar donde históricamente solían ubicarlas. De hecho esta es la opinión de SCHULTEN (1952: 16): «los Griegos tomaron este nombre de los Fenicios que las llamaban «Columnas de Melkart», según el dios patrón de Tiro». No puédesse, pues, excluir un origen oriental para el concepto, una vez que la concepción del cielo como una *bóveda* o techo que, lógicamente, ha de sostenerse de alguna forma desde la tierra, está bien asentada desde Egipto hasta el mundo indo-iranio, así en antiguo indio la raíz *a—man-* literalmente «piedra» era empleada también con el valor de «cielo». De una concepción similar podría muy bien proceder nuestro uso vernáculo de referirse al granizo, especialmente si este es grande, con la palabra *pie-dra*. Es, pues, bien posible que una referencia del tipo de Columnas de Hércules o similar estuviera ya en las fuentes egipcias de SOLÓN. En la escritura jeroglífica egipcia el cielo era representado «como un techo físico que baja por sus extremos» y que «al igual que el cielo parece alcanzar el horizonte de la tierra» (Wilkinson 1995: 129); en Egipto además «en representaciones religiosas del Imperio Nuevo y Período Tardío, el rey aparece con frecuencia con los brazos levantados, en actitud de sostener el jeroglífico para cielo, esto es, sosteniendo simbólicamente los cielos» (Wilkinson 1995: 129) resultando que a veces «el rey está de pie sobre el jeroglífico que representa la «Unión de las Dos Tierras» al tiempo que sostiene el cielo (Wilkinson 1995: 129). En todo caso, para una época más antigua, la idea del cielo sostenible nos lleva a Oriente, no a Occidente.

Ahora bien, si los horizontes del mundo helénico se ampliaron considerablemente con sus marinos y comerciantes, la ampliación hacia las tierras de occidente tuvo precisamente un significado cualitativamente distinto. Por razones ancestrales y de las que nos hemos ocupado en otros lugares, el occidente, no sólo en el mundo helénico o indoeuropeo en general, sino acaso en todo el orbe fue frecuentemente asociado al país del más allá, consecuentemente los periplos griegos hicieron de las tierras occidentales del Mediterráneo un país de fantasía, de jardines de dioses, de islas de bienaventurados (Wernicke 1970: 2128), de modo que, por razones intrínsecas o extrínsecas, muchos mitos se dirigieron hacia ese *mágico* punto cardinal, hacia ese *finisterrae*.

## UNAS COLUMNAS MÁS MÓVILES QUE LAS DE SANSÓN

Mas si la referencia a las Columnas de Hércules es la única indicación precisa que aporta PLATÓN y este sigue también aquí una fuente antigua, lo menos que puede decirse es que esa fuente probablemente no podría ser anterior al menos a los finales del II milenio para que la ubicación gibraltareña siguiera resultando válida, ya que con anterioridad a esa fecha y por las razones que comentaremos, es muy difícil aceptar para las (o unas) Columnas de Hércules una ubicación tan lejana de Grecia. Y, por otra parte, resulta evidente que los acontecimientos de la Atlántida muy difícilmente pueden haberse producido en un período tan reciente —como mucho, unos 500 años antes de la época de SOLÓN— no sólo por lo inverosímil de que tan superlativo evento hubiese desaparecido tan tempranamente de la memoria de los hombres, sino también porque, como dijimos, el carácter antiquísimo del episodio resulta consubstancial a todo el relato, como amén de las fechas indicadas sugiere sin más toda la escenografía egipcia de donde es rescatado.

Por otra parte, no faltan, desde luego, indicios de cierta labilidad en todo lo tocante a la ubicación precisa de las Columnas no ya en la época —cual fuese— de la Atlántida o de sus *notarios* egipcios, no ya para la tradición griega arcaica, sino incluso para época clásica. En primer lugar, está, dentro de la general localización gibraltareña, el debate sobre su concreta ubicación. La controversia se puede seguir fácilmente en ESTRABÓN (3,5,5s), quien apunta estas tres posibilidades: o bien las Columnas serían las dos peñas (Ábila y Calpe) que circundan el Estrecho de Gibraltar —la *communis opinio*—, o bien los dos islotes que se hallaban en el mismo Estrecho, los islotes de Paloma y Perejil según SCHULTEN (1952: 273s y 283), o bien las columnas bronceas de ocho codos de altura del templo de Heracles en Gades, opinión esta que el historiador de Amasia rechaza. El debate debía venir de antiguo, pues ESTRABÓN (3,5,5) recoge opiniones de DICEARCO (s. IV a.C.), ERATÓSTENES (s. III a.C.), ARTEMIDORO (s. II a.C.), POLIBIO (s. II a.C.) y POSIDONIO (s. II/I a.C.), además de referirse a las creencias de iberos y africanos, los cuales situaban *las* Columnas no en los alrededores del Estrecho de Gibraltar sino en la misma *Tacita de Plata*.

Pero además tampoco faltan las referencias a la posible existencia de *otras* columnas de Hércules y columnas a veces en sentido literal. En aquel mismo pasaje menciona ESTRABÓN (3,5,5) la existencia histórica de columnas o torreones en el Estrecho de Mesina (*Torre de Péloro*), de los así denominados *Altars de los Filenos* en las Sirtes de la costa africana, amén de otras columnas en el istmo de Corinto e incluso unas terrestres

en la India. Y aún podrían agregarse al menos las Columnas de Proteo en Faros-Alejandro en Egipto (Verg. *Aen.* 11,262; cf. Seru. *ad loc.*).

La explicación más obvia de estos y otros datos es que con [unas] *columnas de Hércules*, en griego *Herakleiai Stelai* (ο Ηρακλειαι Στήλαι) o formaciones afines, originariamente los griegos —y después los romanos y quizá, *mutatis mutandis*, antes los fenicios— debían de referirse a un estrecho de mar orlado por dos macizos montañosos, preferentemente de paredes lisas o al menos escarpadas y verticales, y que separaban, por tanto, dos tierras, quedando [las] *Columnas de Hércules* por antonomasia establecidas en el estrecho de Gibraltar. Ahora bien, precisamente por esa concepción de pedestales que sujetaban el cielo, estas *columnas* debían hallarse en lugares geográficamente estratégicos como, preferentemente, en el confinio de dos continentes, cual era el caso notorio de los montes a uno y otro lado del estrecho de Gibraltar, situados en el único lugar donde Europa y África se miraban cara a cara. El posible carácter genérico de la locución *columnas de Hércules* estaría además garantizado al menos por un autor que, aunque tardío, era mejor conocedor de las tradiciones y valores idiomáticos del griego y sobre todo del latín. TÁCITO, en efecto, sitúa unas columnas de Hércules en un lugar bien lejano de Grecia y de Gibraltar, ya que en su literariamente espléndida descripción de la Germania sitúa unas *Herculis columnas* en el Mar del Norte, cerca de Frisia (*Germ.* 34,1; Camacho 2002: 19s). Aceptado así el genérico carácter de la expresión, es también difícilmente creíble que para el distante mundo griego la expresión haya surgido justamente de la referencia a un estrecho, el de Gibraltar, que los griegos no debieron de conocer más o menos directamente, como muy pronto, hasta finales del II milenio a.C., una época además que debe de ser bien posterior a la emergencia de las tradiciones sobre Heracles. Colorario de todo esto es la inevitable sospecha de que otras columnas de Heracles más antiguas, quizá las originarias, debieron de erguirse mucho más cerca de Atenas, mucho más cerca de Grecia.

## RÍO QUE DEVINO OCÉANO

El cambio, por tanto, de ubicación de las Columnas de Hércules podría deber mucho al mudar en los conocimientos geográficos de los griegos, pues, conforme estos iban explorando el mundo, se ensanchaba su *mapa mundi* y su cartografía se hacía más precisa; sin embargo, es notorio que en lo substancial quedara inmutado su geográfico esquema mental, su concebir el mundo.

En la tradición geográfica griega la tierra estaba rodeada de un enorme río de poderosa corriente (ya Hom. *Il.* 18,607) denominado *Océano* (en griego Ωκεανος), el Océano auténtico que abrazaba todas las tierras conformando así un orbe, circular sí, pero plano. Por mor de esta concepción en HERÓDOTO (1,203) y otros muchos podía afirmarse que en el fondo (y en la superficie) el Atlántico y el Rojo eran un único mar, pues formaban parte de ese *Oceanós* y supuestamente se unían abrazando el exterior de una mucho más pequeña África. Así estaba bien extendida en el mundo helénico la idea de la circunnavegabilidad de la ecúmene (Strab. 1,1,7s; 1,4,6), es decir, la suposición de que realmente uno podía darse una vuelta en el *yate de papá* alrededor del *orbe* sin dejar de navegar por el mismo mar exterior, por un megalopiélago (cf. Strab. 3,2,4: εκ μεγαλου πελαγους), por lo que este Océano era también muy frecuentemente denominado [*El*] *Grande* o [*El*] *Magno* sin más (Polyb. 3,38,11; Cic. *rep.* 6,20,21; Plin. *nat.* 3,10,74 y otros). Junto a su enorme tamaño, característica principal de esta fluvial circunvalación era, pues, su carácter exterior, lo que hizo que se le conociera también bajo apelativos como «externo» hasta época romana, cuando todavía TÁCITO (*Germ.* 17) lo denomina — (lo que es raro en él) algo pleonásticamente— *exterior Oceanus*, ya que el simple término de *Océano* había acabado generalizándose en época romana (Polyb. 16,29,6; Caes. *gall.* 3,7,3; Catull. 64,30; Ou. *met.* 7,267; Tac. *hist.* 4,12 y otros).

Sin embargo, con el tiempo el *Oceanós* fue también denominado *Atlántico* sin más, tal como léese en ARISTÓTELES (*mund.* 392b y 393a Bekker), donde se aclara que la tierra toda está rodeada por el Atlántico. Sin duda PLATÓN albergaba una idea bien parecida cuando dice que desde la Atlántida podía pasarse «a toda la tierra firme que [...] rodeaba el océano auténtico» (*Tim.* 24e). Así también podía contraponerse el Mediterráneo cual mar interior al Océano cual mar exterior, siendo Gibraltar uno de los principales lugares —acaso el principal— donde el mar de dentro conectaba con el de fuera (cf. Strab. 3,1,7: η εντος θαλαττα συναπτει τη εκτος). Ahora bien, fue sobre todo la parte occidental de este megalopiélago la que con gran constancia recibió la denominación de *atlántico* o *atlantio* (cf. mismamente Plat. *Tim.* 24e y *Crit.* 114a; Aristot. *probl.* 392b Bekker; Polyb. 16,29,6; Strab. 1,1,8; 1,2,18 y 26; 1,3,5...). De los autores conservados HERÓDOTO (1, 203: «Atlantis») parece ser el primero en denominar *Atlántico* al océano occidental (Berger 1970: 2109), denominación que —ya se señalaba en la Antigüedad (Plin. *nat.* 5,1,6)— debía de proceder de su asociación a los occidentales Montes Atlas, aunque para BERGER (1970: 2110) podría provenir directamente del personaje mítico de Atlante, lo que en el

fondo es más o menos lo mismo, pues que, como ya vimos, en última instancia los macizos Atlas —como todos los *atlas* del español— proceden a su vez del macizo Atlante.

Pero además como circular megalopiélago, el Océano en su abrazo bañaba también otras tierras que las del poniente. De facto en la tradición antigua dos de las fronteras terrestres con este gran río se situaban en el Mar Negro: en el río Fasis de la Cólquide para el este y en Cimeria para el norte (Lasserre 1979: 268). También HOMERO (*Od.* 11,13s) situaba a los cimerios, habitantes de la moderna Crimea, al lado del Océano al tiempo que hacía lindar este incluso con el reino de los muertos (Hom. *Od.* 4,568). Asimismo MIMNERMO (fr. 11 Diehl), en la segunda mitad del s. VII a.C., situaba el Océano cerca de la Cólquide, en la costa caucásica del Mar Negro. Esta *conexión póntica* para el Océano estaría refrendada por la suposición antigua de que el septentrional Don, que —sabido es— desemboca en el Mar Negro, desempeñaría un papel homólogo al del meridional Nilo, el cual tendría sus fuentes en el Océano (Lasserre 1979: 268).

## LOSAS QUE DEVINIERON COLUMNAS

Por otra parte, el término griego *stèle* (στήλη) fue traducido en latín como *columna* «columna», pero para cualquiera que haya dedicado algún tiempo a estudiar la naturaleza de los cambios semánticos, resulta obvio que esa acepción *arquitectónica*, ciertamente también existente en la lengua griega, no puede ser más antigua que otros valores como «bloque de piedra» o «losa» además del de «estela (funeraria)» sincrónicamente asimismo presentes, lo que conduce obviamente a postular como valor originario uno como el de «bloque de piedra vertical» o similar.

Innegable también resulta que las Columnas de Hércules no pudieron ser el resultado de ninguna actividad arquitectónica por el esforzado héroe del mito helénico. Muchos accidentes orográficos de Europa son conocidos con genéricas denominaciones del tipo *El Dique*, *El Puente* o *La Silla del Diablo* o similares (Burne 1997: 98), se trata siempre de lugares espectaculares, de *marcos incomparables*, sobre todo en razón de su grandeza, por lo que en el imaginario popular suelen ser atribuidos a seres extraordinarios, como diablos, dioses y gigantes. Una bien conocida tradición local atribuye al demonio la erección del imponente acueducto de Segovia. Es, pues, bien posible que el apelativo *de Hércules* recubra genérica una función similar y que incluso sea la versión más reciente —volvemos así a aquello de las capas de la cebolla—

de un concepto y, desde luego, un término originalmente bien distinto. Aunque aquí entramos de pleno en la lábil pista de las conjeturas, es incluso posible que la locución griega, como vimos, no sea más que la traducción —sucesivamente actualizada o no— de una similar expresión en otra lengua, incluso de una lengua anindoeuropea.

De hecho, en algunos lugares (*Titanom.* 16; *Ail. uar.* 5,3 siguiendo a Aristóteles) se recoge la tradición de que antiguamente las Columnas de Hércules eran denominadas *Columnas de Briáreo*. El tal Briáreo era un gigante que defendió a los dioses contra los titanes siendo también denominado *Egeón* y deviniendo después el epónimo del Mar Egeo. Este y otros menos directos datos sugieren la posibilidad de que originariamente existieran en Grecia otras columnas —no de Hércules— y no en Gibraltar sino en el mar Egeo. Además de por su *alias* de Egeón la vinculación de Briáreo a la zona [pro]póntica estaría también sugerida por su asociación con otro de los gigantes de cien manos, Coto, que a su vez se relacionaba con Tracia como antepasado epónimo del pueblo de los cotianos. La pista de Briáreo nos lleva, pues, otra vez al Ponto. Pero es que además esta hipótesis podría estar explícitamente sancionada por SERVIO, quien en su comentario virgiliano (*ad Verg. Aen.* 11,262), escribe: «pues sabemos de Columnas de Hércules tanto en el Ponto como en Hispania» (*nam columnas Herculis legimus et in Ponto et in Hispania*).

## LAGO QUE DEVINO MAR

Desde luego, mucho más cerca de Atenas (y de Egipto) se hallaba otro lugar hiperestratégico y en teoría totalmente idóneo para que el héroe griego se hubiera allí asentado con un par de sus hercúleos postes de sujeción. Era un confinio mucho más llamativo que el de Gibraltar, una verdadera encrucijada donde no sólo se encontraban dos continentes y dos mares, sino también dos latitudes, sur y norte, y dos longitudes, este y oeste, donde colisionaban, en fin, en infinitas bandas numerosos cosmos. Y este lugar era precisamente aquel que tan bien puede desprenderse de ese pasaje donde a PLATÓN se le *escapa* aquello de que los atlantes realizaron una expedición contra Europa y Asia, porque Asia quedaba muy lejos, muy lejos de Gibraltar.

Hacia el 5.600 a.C. unos cuarenta quilómetros cúbicos —para que nos hagamos una idea: unas 130 veces más de agua que la que vierten en ese mismo plazo las cataratas del Niágara— fluían diariamente desde

el Mar Mediterráneo al Mar Negro. Razón última de este fenómeno fue, como en el caso de la inmersión de los islotes en el estrecho de Gibraltar, el fenómeno climático de la deglaciación, ya que el aumento del nivel del mar en el Mediterráneo trajo consigo la superación de la barrera terrestre que se interponía entre ambos colosos acuáticos, Mediterráneo y Negro. En efecto, pese a su escasa altitud, a la sazón el *Lago Negro* se mantenía aún aislado por el estrecho —entonces aún no un estrecho— del Bósforo, ya que su fondo se hallaba todavía a una mayor elevación que las crecientes olas mediterráneas. Pero fue sólo cuestión de tiempo, ya que con su presión el agua cavó un camino de unos 85 metros de profundidad en el lecho del Bósforo, suficiente para provocar una repentina y colosal inundación que elevaría espectacularmente el nivel del ya *Mar Negro* añadiéndole una cantidad de agua en un área equivalente a la del estado norteamericano de Florida y haciendo crecer el nivel de las aguas a un ritmo de a veces hasta 30 centímetros diarios. El tamaño del lago-mar se habría visto así considerablemente engrandecido una vez que las aguas entrantes habrían inundado —y devastado— una enorme parte de la zona costera, probablemente muy habitada, de un lago cuya superficie entonces apenas ocupaba dos tercios del actual mar. Un episodio todo este que —por fin sí— parece concordar estupendamente con la literal descripción de PLATÓN de «grandísima destrucción por las aguas» (*Tim.* 23c).

Inversamente CAMACHO (2002: 24) supone que el aumento de lluvias producido por la deglaciación produjo un desbordamiento de los grandes ríos que abocan al *Lago Negro*, de modo que habría sido el agua (dulce) del Mar Negro la que habría invadido el Mediterráneo rompiendo o superando la entonces barrera natural del Bósforo y no al revés. Aunque la apertura del *canal* habría producido, poco más o menos, el mismo resultado, parece claro, según los geólogos, que la dirección de las aguas fue la contraria siendo intrusas las mediterráneas.

Todo este acontecer fue detenidamente estudiado por sus *descubridores*, los geólogos norteamericanos William RYAN y Walter PITMAN (1999) basándose sobre todo en el análisis de núcleos sedimentarios recogidos del fondo del Mar Negro. La presencia de moluscos y otros fósiles resultaron de inestimable ayuda para precisar las fechas del cataclismo (y, *pace* CAMACHO, la dirección de las aguas). RYAN y PITMAN han evocado los paralelismos de esta historia con el episodio recogido en la Biblia sobre el diluvio universal y el arca de NOÉ sugiriendo que la historia bíblica bien pudiera ser un eco de esta catástrofe. Al fin y el cabo, el histórico monte Ararat queda bastante cerca del Mar Negro.

La propuesta llamó la atención del científico y aventurero norteamericano, Robert BALLARD, famoso, entre otras cosas, por haber descubierto en 1985 los restos del hundido *Titanic*, quien, apoyado por la benemérita institución *National Geographic Society*, decidió organizar una expedición para, mediante la exploración de los fondos marinos, intentar verificar la bíblica hipótesis de los geólogos estadounidenses. Como resultado de estas exploraciones, prematuramente se dio a conocer la noticia de que en las aguas frente a Sinope, el centro de la costa septentrional de Turquía, y con ayuda de un *robot* submarino bautizado curiosamente como *El Pequeño Hércules*, BALLARD había descubierto a unos 95 metros de profundidad los restos sumergidos de lo que podría ser una ciudad antigua o, mejor dicho, antiquísima, quizá la más antigua conocida, ya que por las razones expuestas, difícilmente podría ser posterior a la fecha de la inundación, una ciudad, por tanto, de al menos 7.600 años y cuyos restos, gracias a la falta de oxígeno, se hallaban excelentemente conservados. Más que de restos de una ciudad, presumiblemente se trataba de vestigios de una construcción: vigas de madera e instrumentos de piedra amalgamados en una estructura de barro. A una decena de kilómetros de aquí, la expedición creyó haber descubierto asimismo primitivas piezas de cerámica. Se presentó como un descubrimiento sensacional y ciertamente lo habría sido, pero los posteriores análisis no corroboraron la primera y entusiástica información, revelando que no hay indicio alguno de actividad humana en tales objetos, por lo que debe de tratarse de *construcciones* de la naturaleza, no del hombre. *Opus naturae, non hominis*.

Así pues, durante su *mosaica* época de separación de las aguas, el Mar Negro era en realidad un inmenso lago de agua dulce, algo equivalente en la mentalidad antigua a lo que hoy sería un inmenso lago —y además inagotable— de petróleo, presentando sus riberas acaso unas circunstancias aún más propicias que las del Nilo o la región mesopotámica para la emergencia de sociedades estables, para la aparición de las primeras civilizaciones. La persistente calidad más dulce de las aguas del Mar Negro era ya conocida en la Antigüedad. SOLINO (12,13) aseguraba que los atunes desovaban preferiblemente en el Mar Negro porque a causa de sus (de él) aguas más dulces en ninguna otra parte sus (de ellos) alevines crecían con mayor rapidez.

El proceso geológico es coherente con otras circunstancias del Mar Negro y que resultan ahora más fáciles de explicar. Así, en las épocas glaciales las aguas de este mar han tendido a dulcificarse al verse cortada su conexión con el Mediterráneo, mientras que en los períodos interglaciares, como el actual, sus aguas se han ido volviendo saladas al reconectarse con las mediterráneas. Por ello, aún modernamente el Mar Negro es ape-

nas salado en la superficie y sus aguas profundas son paupérrimas en oxígeno aunque ricas en sulfuro de hidrógenos resultando que, excepto para las bacterias anaeróbicas, «la vida es imposible por bajo de una profundidad de unos 180 metros. Por esta razón las aguas del fondo del Mar Negro son muy estériles, y sólo las capas superficiales sustentan la vida. Su fauna, en consecuencia, está muy empobrecida y produce poco. El Mediterráneo cobija 1.457 especies de crustáceos, 251 decápodos, 100 equinodermos y 449 peces, mientras que el Mar Negro sólo cuenta 125 crustáceos, 35 decápodos, 3 equinodermos y 180 peces» (Bourlière 1966: 89-90).

### UNA PALINFÉTICA Y ROMÁNTICA TRADICIÓN

Parece así vistosamente profética (o, más exactamente, *palinfética*) la explicación que sobre las Columnas de Hércules ofrecían los antiguos y que —conviene no olvidar— podrían estar en la base de toda la explicación etiológica del mito, es decir, en la misma base de todo el asunto; así un nativo de la zona gibraltareña, Pomponio MELA (1,5,27), dejó escrito: «Añade la leyenda esta historieta sobre la denominación: el propio Hércules habría separado los montes antes unidos en una misma cordillera y así, una vez quedó entreabierto el macizo montañoso, pudo el Océano tener entrada a las tierras que ahora inunda». Parecida es la versión de PLINIO (*nat.* 3,1,5): «Los nativos las llaman [*scilicet* a las montañas] *Columnas* de tal dios creyendo que, al perforarlas este, se dejó entrar a unos mares hasta entonces separados». Específicamente aplicada a la zona gibraltareña, la tradición enseñaba que Hércules había separado los dos promontorios, otrora contiguos o incluso formando una sola mole, denominados *Abila*, en la costa africana, nombre de origen semítico, y *Calpes*, en la europea (Mela 1,5,27 y 2,5,95; Plin. *nat.* 3,1,5; *cf.* también Strab. 3,1,7). Ahora bien, la geología moderna revela que Gibraltar es un estrecho desde hace millones de años, de modo que al menos el componente legendario de separación de tierras en el mito de las Columnas de Hércules para esta zona del planeta no tiene fundamento alguno, mientras que, como hemos visto, eso es, en cambio, literalmente cierto para la zona que da acceso desde el Mar de Mármara al Mar Negro, es decir, en el estrecho de Bósforo.

Aún y por la eventual tradición que pudiere haber tras de ella, podría ser también significativa la asociación que al respecto hace PLINIO (*nat.* 6,1,1) entre ambos estrechos, el de Gibraltar y el del Bósforo: «No se contentó el Océano con haber rodeado las tierras y aún, con crecida desmesura, robarles una parte, ni, una vez fracturada la cordillera y separado Calpe de África, con irrumpir y tragarse un espacio

mucho mayor que el que dejara, ni con derramarse por el Helesponto sobre la Propóntide para volver a devorar más tierras, sino que también desde el Bósforo, sin hartura alguna, sigue expandiéndose en dirección a otra enorme devastación». Y puesto que los antiguos pensaban que el Atlántico *irrumpía* por el Estrecho de Gibraltar (Plin. *nat.* 3,1,3 y 74), no puede sorprender que ya también se preguntaran si el Mar Negro había sido un lago antes de ser un mar (Strab. 1,3,6).

En esa misma línea iría la analogía señalada por POLIBIO (16,29,6-9) entre las columnas de Hércules y la entrada al estrecho de Dardanelos, entre las localidades de Sesto, en la costa europea, y Abido, en la asiática, distancia que, en la tradición griega, Leandro cruzaba a nado para ver a su amada Hero. Nota POLIBIO que las Columnas de Hércules conforman el único lugar por el que se puede acceder al Mediterráneo desde el Atlántico, tal como tampoco se puede acceder a la Propóntide si no es por el paso entre Sesto y Abido, señalando además una diferencia de anchura proporcional al tamaño del Atlántico y del Mediterráneo, siendo de 60 estadios la anchura del paso de las Columnas de Hércules y sólo 2 el de Abido. Aunque el detalle no es aquí trascendente, en realidad las cifras serían inexactas, pues al menos en la actualidad el estrecho de Gibraltar tiene una anchura de 14 quilómetros, unos tres quilómetros más de los que le otorga POLIBIO, y el estrecho de los Dardanelos tiene unos 2 quilómetros, más de quilómetro y medio de lo que dice POLIBIO, de hecho, para este mismo estrecho ESTRABÓN (2,5,22) da una cifra mayor de 7 estadios. Concluye POLIBIO (16,29,10-13) indicando las diversas ventajas que ofrece el paso de Abido sobre el de Gibraltar.

Y si no faltan ejemplos de tradición literaria comparando Gibraltar y Dardanelos (Strab. 2,3,5), podrían además existir otras pistas relacionando ambos estrechos, como la denominación de *Calpe*, si es cierta la propuesta de GARCÍA y GARCÍA (1991: 342 n345), quienes apuntan que el Peñón de Gibraltar pudo recibir esta denominación a partir de *Calpe* (hoy *Kirpe*) en la antigua Bitinia, es decir, en el litoral propóntico, por parte de los viajeros griegos y en razón de la similitud de ambos lugares.

#### YVADO OBSCURO QUE DEVINO PONTO HOSPITALARIO

En la Antigüedad, por otra parte, el Mar Negro fue conocido usualmente como *el Ponto* sin más (del griego *ποντος*), quedando adicionalmente el término tanto en la poesía helénica como en la latina como sinónimo poético de «mar». La raíz de la palabra *Ponto* se halla también con diferentes significados («camino, cauce, puente, vado...») en muchas len-

guas indoeuropeas (armenio *hun*, ant. eslávico *pâti*, ant. indio *pântaç*, latín *pons-tis*, prusiano *pinis*...), lo que, convenientemente examinado, sugiere un original y primitivo valor de «vado» para esa palabra. Así pues, el Ponto sería no sólo *el* mar sino también, más antiguamente, *el* vado por antonomasia, el camino en el mar. Ahora bien, el término solía presentarse con un curioso calificativo: *Euxino* (latín *Euxinos* del griego Εὐξεινος). En última instancia este término remontaba verosímilmente al antiguo persa *axaina* «turquesa, azul marino, oscuro», pero en bocas griegas el término sonaba naturalmente *áxeinos* (ἄξεινος), es decir, «inhóspito», un nombre poco propicio para un mar, como todo mar, potencialmente muy peligroso, así que los mismos griegos, para ganarse su favor como si fuera una deidad, transmutaron el vocablo en *eúxeinos* «hospitalario», y de ahí nuestro *Euxino*. Un mar xenófilo y hospitalario para lo que originariamente acaso sólo era y sólo fue un «vado turquesa».

Pero en el imaginario antiguo el Ponto Euxino comportaba sobre todo una cartografía mágica, el límite de la ecúmene, de la tierra habitable, de la civilización. Mar de promisión desde el que se accedía al granero balcánico, al oro de los escitas, a carísimos salazones y, bajo una maraña de múltiples cauces fluviales, a los succulentos esturiones de los gélidos estuarios del Tánaide, el río Don, como el Nilo, un don de río. Sin embargo, más allá de este mundo de lujo y opulencia y lindando con los solitarios páramos de la miseria, se extendía también y tan imprecisa como inquietante una *terra incognita*, un oriente frígido y fabuloso, habitado por hombres-lobo (Solin. 15,2), hombres-cabra (Herodot. 4,25), mujeres-serpiente (Herodot. 4,8), emasculados varones y varoniles damas (Herodot. 4,110 y 113), por *skin-heads* inermes y santones (Herodot. 4,23), por albinos con visión nocturna (Gell. 9,4,6), por hombres con un solo ojo (Gell. 9,4,6) o por rebeldes esclavos ciegos (Herodot. 4,20). Y allí se podía encontrar también aciagas grutas insondables y desde las cuales derechitamente se bajaba al infierno (Solin. 43,2). Aquí, pues, antes que en Occidente, pudieron encontrarse para los griegos las puertas del infierno, cerca, quizá muy cerca del Océano, como quería HOMERO (*Od.* 4,568). Un territorio todo ese sólo, en fin, aconsejable para los más intrépidos, para fornidos semidioses como el Heracles griego que vino a estas costas para rematar (al menos) un par de sus celebérrimas faenas, para héroes audaces como el *seductor* Teseo o astutos como el homérico Odiseo, quien probablemente también circunnavegó, esquivando entrecrocantes casquetes de hielo, estos últimos litorales. Unas costas que en cada rada, en cada acogedora bahía evocaban vicisitudes mil con nombres tan sonoros cuales Amazonas y Argonautas, Ifigenia y Orestes, Hero y Leandro, Medea y Jasón...

## MAR, MAR, MAR... Y NO EL DESDE EL MONTE TEQUES

Para un griego *delante* del Ponto, de étimo tan *jugoso*, estaba la Propóntide, literalmente la que viene «antes (πρo) del Ponto», mar del que conservamos otra estupenda nominación: Mar de Mármara, de étimo muy probablemente antiquísimo y muy seguramente interesantísimo, pues podría contener algún indicio de lo sucedido, ya que aparentemente *Mármara* no es más que una duplicación —expediente lingüístico muy básico— conteniendo la raíz indoeuropea *\*mar-* con valor de «pantano - terreno fangoso - marisma» (Cavazza 2001: 76), valor bien deducible de formas como bretón *mor*, antiguo eslavo *morje*, gótico *marei*, latín *mare*, lituano *mārės* empleado para mares especiales como notoriamente... el Mar Negro. El étimo estaría además confirmado por su muy posible presencia en otros grupos lingüísticos, así una raíz *\*mar-* se ha propuesto también para cualquier entidad acuosa en afroasiático incluyendo acepciones como «canal - cisterna - estanque - lago - inundación» o «terreno pantanoso», al lado de raíces cuales *\*mörä-/mürä-* «agua - mar - río» en altaico, *\*mar-(ei)* «lago - suelo húmedo» en cartvélico y *mar-ai* «lluvia» en dravídico (Cavazza 2001: 77). La versión tradicional que remite no sólo el nombre del Mármara sino también la raíz indoeuropea *\*mar-* al mismo étimo que el griego *marmair* (μαρμαίρω) «centelleo» (Buck 1988: 36), choca, al menos claramente para el caso de *\*mar* con la dificultad de que tan ampliamente documentada raíz sólo habría conservado en griego un paradigma verbal y su supuesto valor original. Recuérdese que, según el informador egipcio de SOLÓN, como consecuencia del cataclismo «aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad» (*Tim.* 25d), muy similar idea se recoge en el *Critias* (109e): «hundida por terremotos, impide el paso, como una ciénaga intransitable, a los que navegan de allí al océano», lo que históricamente apenas puede cuadrar mejor a otro mar que al Mar de Mármara.

## UNA PROVISIONAL PROPUESTA PROPÓNTICA Y PROCONNÉSICA

Son, pues, variados los indicios que sugieren la presencia original de unas Columnas de Hércules en la zona pónica y propónica. Antes de que formara el estrecho de Bósforo, las únicas *Columnas de Hércules* posibles en la zona serían las del único estrecho —y bien estrecho— allí entonces existente, el de Dardanelos, así la Atlántida original —o, si se quiere, la primera Atlántida— se habría situado más allá de las

Columnas de Briáreo-Hércules, es decir, después del estrecho de Dardanelos, muy probablemente en el Mar de Mármara, pues quizá solamente o al menos especialmente aquí podría ser literalmente cierto aquello de «la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano [...] sobre toda Europa y Asia» (*Tim.* 24e), una vez que para los griegos antiguos Europa y Asia eran, en su primera acepción, las zonas respectivamente occidental y oriental que bordeaban el mar de Mármara.

A favor de esta hipótesis estaría asimismo el hecho de que en algún momento el Mar Negro pudo también muy bien ser considerado *el* Océano. Y no sólo eso: resulta en general una hipótesis en principio muy sugerente la asunción de que el Mar Negro constituyó el primer gran mar desconocido para los griegos, el primer —así debieron entenderlo inicialmente— *Océano* exterior, la última frontera, algo que perduró en muchos mitos, leyendas y tradiciones. Significativo al respecto podría resultar aquel pasaje de ESTRABÓN (1,2,10) donde se dice que los que navegaban en el Ponto parecían estar como fuera del mundo tal como los que se adentraban mucho más allá de las Columnas de Hércules. La comentada dilatación geográfica de tantos mitos griegos bien pudo, por lógica, tener mucho que ver con el hecho de que aquel primitivo mundo egeo se les fue quedando chico a los navegantes y exploradores griegos, y así su geografía mítica y real —conceptos, por supuesto, para ellos no tan diferentes— pudo y debió dilatarse con, entre otros resultados, el consecuente alejamiento de las Columnas de Hércules. De hecho, para LASSERRE (1979: 268), la substitución de la antigua denominación de *Columnas de Briáreo* por *Columnas de Hércules* habría sido simultánea a la inserción del mito de Geriones en la saga de Hércules —todo lo más tarde en la segunda mitad del s. VII a.C.— y como verosímil resultado del viaje de COLEO de Samos a Tartesos hacia el año 660 (Herodot. 4,152). Es decir, sería todo ello el resultado de un *Drang nach Westen*, de una occidentalización del mundo griego, siendo en esta época expansiva donde se habría producido la definitiva substitución de la antigua idea del Océano como un gran río por un enorme mar.

Obsérvese también que algunos elementos de los dos principales mitos implicados en toda esta cuestión, el de Hércules y el de Atlante, tienen su variante septentrional, de modo que, por ejemplo, como vimos, a veces se situaba a Atlante en el país de los hiperbóreos, territorio básicamente sólo accesible para los griegos si se cruzaba el lago-mar Negro. Asimismo el trabajo de Hércules consistente en conseguir el cinturón de la amazona Hipólita relaciona al héroe helénico con las regiones peri-

pónicas, especialmente con los territorios septentrionales, donde tradicionalmente se ubicaba a las amazonas, junto al Caspio, por ejemplo, para ESTRABÓN (11,5,4), junto al Don, verbigracia, para PLINIO (*nat.* 6,19), mientras HERÓDOTO (4,110-7) las asocia con los escitas, quienes vivían en aquellas mismas zonas. Todo ello apuntalaría la idea de que los griegos escoraron su geografía mítica desde el norte hasta el oeste de modo simultáneo a la escora, desde el norte hasta el oeste, desde septentrión hasta occidente, de sus intereses comerciales, de su curiosidad por descubrimientos y de sus necesidades de colonización. También podría resultar muy significativa al respecto la noticia de ESTRABÓN (3,3,5) de que las islas «Errantes» o *Plagktai* (Πλαγκταί) y «Entrechocantes» o *Symplegádes* (Συμπληγαδες) eran también situadas por algunos en la zona del Estrecho de Gibraltar «pensando que son ellas las Columnas» (en traducción de Meana 1992: 122), y ello frente al consenso general que las ubicaba en el Mar Negro, así ya SCHULTEN (1952: 283) comentaba: «se identificaron primero con las islitas enfrente de la boca norte del Bósforo, cerca de Rumeli Fener, pero después con las islitas del Estrecho, lo mismo como Geryon se trasladó de Grecia a Tartessos». Otro caso seguro de *centrifugado* de la geografía del mito y en la esperada dirección ¿por qué, pues, no también las mismas Columnas?

Algunos detalles de la exposición platónica y concernientes al alto nivel de desarrollo de la cultura atlántica podrían además ser esencialmente ciertos. Sabemos que los territorios de más pronta neolitización conocieron un rápido desarrollo en fechas tan tempranas como entre el 7.000 y el 5.500 a.C., así, por ejemplo, las noticias platónicas sobre la existencia de templos o habitáculos religiosos (*Crit.* 116c-e, 117c, 119e...) resultan verosímiles en esta época, ya que en yacimientos como el de Nea Nicomedia, en Macedonia, algunos autores creen reconocer vestigios de recintos sagrados (Whittle 1998: 142). Indicio adicional del temprano y extraordinario florecimiento de la civilización en la región peripónica sería la espectacular riqueza de las culturas que emergieron, acaso como continuación, en esa misma zona, tal como se manifiesta, por ejemplo, en yacimientos tan opulentos como el de la necrópolis de Varna, en las costas de la actual Bulgaria, a unos 150 kilómetros del Bósforo, datada hacia el 4.000 a.C. y que presenta numerosos objetos de oro y otros metales.

## LA DUDA ES BELLA

Quizá, pues, el relato de la Atlántida refleje, como el diluvio *universal*, un conjunto de relatos de diversa procedencia pero contando esencialmente una misma historia en su base sobre la que se habrían super-

puesto historias afines sólo que acaecidas en diferentes tiempo y lugar. El fondo más antiguo estaría constituido por unas columnas en el Mar Negro evocadoras del cataclismo de la conversión en mar de un antiguo lago. Habría al menos una segunda capa con elementos minoicos, los cuales resultan bien perceptibles, como la caza ritual del toro sagrado (Rivaud 1956: 250). Así ya GRAVES (1985: I 179) creía a modo de tradición posterior se habría injertado «cómo los cretenses minoicos, que habían extendido su influencia hasta Egipto e Italia, fueron vencidos por una confederación helénica encabezada por Atenas». Habría también al menos una publicitaria capa platónica, de políticas intenciones edificantes y perceptible en la geométrica y simétrica regularidad de muchas partes de la Atlántida, una característica común a todos los lugares eutópicos (Rivaud 1956: 251).

Así pues y siempre en el razonable supuesto de que, *pace* ARISTÓTELES, PLATÓN no se hubiese inventado toda la historia y contando además con la segura existencia de diversas capas en esta historia, la capa más antigua —el relato presumiblemente esencial— resulta suficientemente semejante al cataclismo que, hacia el 5.600 a.C., se produjo al abrirse el estrecho del Bósforo y conectar el Mar Mediterráneo con el Ponto Euxino, lo que hasta entonces era sólo un lago. Los datos examinados sugieren poderosamente la ubicación de unas Columnas de Hércules, presumiblemente las originales, en esa misma zona, probablemente en el estrecho de Dardanelos. Según esto, la *capital* de la Atlántida, la pequeña isla con canales de forma concéntrica estaría situada en el mar de Mármara, donde ciertamente, como última y ya epigónica consecuencia de la deglaciación, el aumento del nivel de las aguas hizo que el mar engullera sin dudas buena parte de un territorio insular del que las adyacentes islas de Cícico, una península en la actualidad pero una montañosa isla en la Antigüedad con un par de puertos conectados por canales (!), Proconneso con sus canteras de mármol de veta azul y otras, aún existentes, constituirían los restos del *naufragio*. Ciertamente a esta oblonga zona cuadraría a la perfección aquella sentencia platónica de «bahía con un ingreso estrecho» (*Tim.* 25a). El gran continente de la Atlántida podría ser —de modo incluyente— tanto la inmediata Anatolia, con sus cercanísimas enormes montañas de más de 2.000 metros de altitud, cuanto todo el perímetro del *Lago Negro*. Toda la zona habría comenzado a albergar ya para esas fechas una riqueza nunca antes conocida, al hallarse tan cerca del epicentro de la revolución neolítica que se había producido en el corazón de Anatolia hacia el 7.500 a.C. y de donde se había transmitido, indudablemente trámite el puente propóntico e incluyendo significativos desplazamientos de

población, a Grecia y los Balcanes un milenio más tarde, ya hacia el 6.500 a.C. Por tanto, cuando se produjo el cataclismo de la conexión de ambos mares, la zona propóntica llevaba plenamente *sumergida* en la revolución neolítica al menos un milenio. Dadas las extraordinarias condiciones de esa zona en esa época, ha de insistirse en la ubicación altamente estratégica, mucho más de lo que será la vecina Troya milenios más tarde, de ese pequeño mundo insular en el Mar de Mármara, como puente, puerta y puerto para dos mundos, el Mediterráneo y el Negro, y dos continentes, Europa y Asia, como *aduana* inevitable en el *embudo* que pudo filtrar la llegada a nuestro continente de la probablemente más importante revolución tecnológica que haya conocido la historia de la humanidad, la producción organizada de alimentos y su almacenamiento.

Tal vez el futuro pueda confirmar o descartar esta nueva hipótesis. O tal vez no. Y aún durante mucho tiempo sigamos preguntándonos dónde estuvo la Atlántida, porque quizá también haya preguntas que en el fondo nunca deseemos ver respuestas, y porque prefiramos creer que existen cosas que nunca encontraremos, porque queramos creer que en el fondo la duda es bella. Así al menos quiso expresarlo la poetisa polaca Wisława SZYMBORSKA en su poema *Atlántida* (*Atlantyda* 1957) con cuyas palabras concluiremos: «Existieron o no existieron./ En una isla o no en una isla./ El océano o no el océano/ los engulló o no [...] Se alzaban siete ciudades./ ¿Pero seguro?/ Querían durar eternamente./ ¿Dónde están las pruebas? [...] Supuestos. Dudosos./ No conmemorados./ No rescatados del aire,/ del fuego, del agua, de la tierra.// No encerrados en una piedra/ ni en una gota de lluvia [...] Un asteroide cayó./ No fue un asteroide./ Hubo una erupción volcánica./ No fue una erupción./ Alguien gritaba algo./ Nadie nada.// En esta más menos Atlándida».

Xaverio Ballester

## BIBLIOGRAFÍA

- ALINEL, M., *Origini delle lingue d'Europa. I La Teoria della Continuità*, Bolonia 1996.
- BOURLIÈRE, F., *La Tierra y la Fauna de Eurasia*, trad. A. Urruela, Méjico 1966.
- BERGER, H., «Atlantis», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart 1970 (= 1896), IV 2109-18.
- BUCK, C.D., *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, Chicago-Londres 1988 (= 1949).
- BURNE, CH.S., *Manual del Folclore*, trad. M.V. Tealdo, Madrid 1997.
- CAMACHO RUBIO, D., «En Busca de la Atlántida», *La Voz de La Piedra. Entre Arqueología y Lenguaje. Actas del IV Congreso Nacional de Estudiantes de Humanidades*, Valencia 2002, 15-25.
- CAVAZZA, F., *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sanskrito, greco, latino, gotico) I*, Pisa 2001.
- COLLINA-GIRARD, J., «L'Atlantide devant le détroit de Gibraltar? Mithe et Géologie», *Comptes Rendues de l'Academie des Sciences de Paris*, 33 (2001) 233.
- FROST, K.T., «The Critias and Minoan Crete», *Journal of Hellenic Studies* 33 (1909) 189-206.
- GARCÍA BLANCO, J., y GARCÍA RAMÓN, J.L., (trad., intr. y not.), *Estrabón. Geografía. Libros I - II*, Madrid 1991.
- GRAVES, R., *Los mitos griegos*, trad. L. Echávarri, Madrid 1985, II vol.
- LASSERRE, F., «Okeanos», *Der Kleine Pauly. Lexicon der Antike in fünf Bänden*, Munich 1979, IV 267-70.
- LISI, F. [M.<sup>ª</sup>A. DURÁN] (trad., intr. y not.), *Platón. Diálogos. VI Filebo, Timeo, Critias*, Madrid 1997.
- LÓPEZ AGUAYO, F., «La Atlántida vista por un geólogo. Una aproximación al mito de Platón», *Calamus Renascens* 1 (2000) 189-208.
- LUCE, J.V., *El Fin de la Atlántida*, trad. R. Vázquez, Barcelona 1975.
- MARINATOS, S., «The volcanic destruction of Minoan Crete», *Antiquity* 13 (1939) 425-9.
- MEANA, M.J.<sup>ª</sup>, [F. PIÑERO] (trad., intr. y not.), *Estrabón. Geografía. Libros III-IV*, Madrid 1992.
- MILOSZ, CZ., *El Pensamiento Cautivo*, trad. E. Revol, Barcelona 1981.
- RIVAUD, A., *Platon. Œuvres complètes. Tome X. Timée - Critias*, París 1956.
- ROSE, H.J. y ROBERTSON, Ch.M., «Heracles», NG.L. Hammond-H.H. Scullard edd., *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford 1970, 498-9.

*Las Atlántidas de Platón*

- RYAN, W.B.F. y PITMAN, W.C., *Noah's Flood: The New Scientific Discoveries about the Event that Changes History*, N. York 1999.
- SCHULTEN, A., (ed., trad. y com.), *Estrabón. Geografía de Iberia*, Barcelona 1952.
- SEGALÁ Y ESTALELLA, L., *Homero. Odisea*, Madrid 1973.
- WERNICKE, K., «Atlas», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart 1970 (= 1896), IV 2118-33.
- WILKINSON, R. H., *Cómo leer el arte egipcio. Guía de jeroglíficos del antiguo Egipto*, Barcelona 1995.
- WHITTLE, A., «Los primeros agricultores-ganaderos», B. Cunliffe ed., *Prehistoria de Europa Oxford. Edición Ilustrada*, trad. M.<sup>a</sup> J. Aubet, Barcelona 1998, 138-68.